

congestionado que no quise violentar. Franck estaba pendiente, muy atento y a la escucha de lo que querían decir mis caricias, y mientras me reclamaba con voz inusual y ronca, yo lo recorría embelesada con la paciencia de un genio que ve nacer bajo sus dedos a una obra de arte. En el espesor de aquella noche en la que Franck se moría llamándome, me sentí más mujer que nunca y asistí al milagro que tanto había deseado: me volví fuerte, muy fuerte y algo se desbocó en mi corazón podrido. Enternecida y trémula, guié con la mano su deleitable erección para hacerla penetrar lo más dentro de mí y fue como un destello intempestivo, el desgarrar del paraíso. Nos encarnamos a traición, él febril y yo maravillada, partida entre las ganas de llorar y colmar. Nos vinimos juntos casi instantáneamente en una lluvia de líquidos y gemidos confundidos que deshizo el nudo de nuestros cuerpos. Sentí que me abandonaba el alma, que rodaba en un abismo hasta que me estrellaba sin ruido. Franck, se había quedado dormido.

Pasé la noche en un estado segundo, dormitando y despertando, como si quisiese cerciorarme a cada instante de que él seguía a mi lado. Oscilaba en la contradicción. Sabía que Franck era un espejismo más, el anhelo de algo que se me escaparía. Lo imaginé alejándose de mí, y mi corazón estalló de contrariedad y alivio, de celos feroces y de ilusión abortada. Sin embargo preferí gravarme su imagen y lo contemplé acurrucada entre sus muslos hasta que amaneció.

Cuando despertó, le propuse ir a conocer un poco más aquella isla de la cual era tan fácil encariñarse. Nos bañamos, nos lavamos los dientes, y desayunamos como si lleváramos años juntos. Al salir del hotel, bordeamos una gran avenida serpenteada de casas con columnas y llegamos al parque central. Libros, libros y más libros ocupaban las banquetas como grandes tapices sagrados. Decidimos sentarnos en la banqueta para disfrutar del ambiente fiestero y seguimos platicando acerca de nuestras impresiones, confrontando puntos

de vista, defendiendo propósitos, descubriendo con interés el universo del otro. No me di cuenta en qué momento terminé enamorándome del suyo.

Sin realmente habérselo propuesto, dimos con el letrero de “La Bodeguita del Medio” y nos introdujimos en la mítica taberna con curiosidad. Me sorprendió el tamaño, no era muy grande pero se respiraba nostalgia. Como buenos turistas pedimos el obligado cóctel *Hemingway*, y fue un placer saborearlo experimentando esa extraña sensación que produce estar en un lugar cargado de voces, recuerdos e historia.

—¿Qué voy a hacer contigo?— preguntó Franck jugando con una mecha de mi cabello.

—Guardarme en algún rincón de tu maleta.

—No vale la pena que te enamores de mí—arrojó.

—¿Porqué me dices eso?

—Lo nuestro tiene que ser bonito, sin acrimonia ni rencores, me voy a ir en dos días y lo nuestro se tiene que acabar ahí.

—Ya lo sé.

—No estás dentro de mis planes, entiéndeme. No te quiero lastimar.

—No te preocupes por mí— dije con la boca amarga, y el maldito cóctel no hizo más que acrecentar ese sabor.

—Morgana, estoy casado y tengo un hijo de cuatro años.

Sus palabras se me fueron clavando como cascos de vidrio. ¿Cómo reprocharle que me hubiera dicho la verdad?; ¿cómo explicarle que no existe sólo una, que yo tenía la mía y que prefería no descubrir la suya?

Cuando abandonamos el lugar, el cielo estaba cargado y en el aire flotaba un aroma a flores marchitas. Caminamos silenciosos, él en su mundo y yo en el mío. De pronto tomó mi mano con la soltura de quien ha clarificado las reglas del juego y no teme ya nada. Yo no opuse ninguna resistencia, caminaba a su ritmo con mi mano dentro de la suya, tratando